

En lo más profundo

Estaba tan solo a un metro de la superficie y, sin embargo, ya se hallaba en lo más profundo del mar. Un segundo ya en sus entrañas.

Cinco minutos antes, la corriente lo había succionado para meterlo en un remolino sin fin, despojándolo de la botella de oxígeno que lo alimentaba y sacudiéndolo como a un muñeco de trapo, el cual solo dejó de luchar por su vida cuando sus fuerzas lo abandonaron a su suerte.

Un segundo ya en lo más profundo, cuando el mar decidió devolverle su botella y, como compensación por las molestias causadas, su siguiente aliento.

Estrella fugaz

—Eres una estrella fugaz, me enamoro cada vez que te veo, pero me quemo cuando te acercas. Ya no sé cómo hacer ni qué decir para que estemos bien los dos juntos.

—Quizás entonces debieras pedir un deseo al verme, como hacen los mortales: desea que deje de ser estrella para que así puedas abandonarme y convertirme, tan solo, en fugaz.

Los peleadores

Una noche de invierno, mientras hacía *zapping* compulsivamente excusado por la época de paro en que se hallaba, descubrió con repulsión un programa de lucha de artes marciales mixtas en el cual los combates se sucedían uno tras otro hasta bien entrada la madrugada. Allí, los peleadores —como eran llamados— se enfrentaban con toda clase de golpes y sometimientos; casi todo estaba permitido y el combate terminaba cuando el árbitro, que lo había, consideraba a bien parar el enfrentamiento en la medida en que si no lo hacía el perdedor podía morir vapuleado por su rival.

Del asco inicial pasó al gusto por ver a los peleadores hacer su trabajo, llegando en poco a voraz adicto. Al fin y al cabo —se dijo—, la vida es eso: un combate perdido de antemano en el cual algunas veces crees que has vencido.

Anastasia Wonder

Érase una vez una chica valenciana que siempre tuvo el anhelo de llamarse Anastasia Wonder; el nombre, Anastasia, le parecía desde niña encerrar en sí mismo la llave de todas y cada una de las puertas del éxito que quisiera abrir, y el apellido Wonder lo deseaba por considerar que quien lo llevara era indestructible.

Sin embargo, nuestra protagonista se puso como meta en la vida algo más realista: poner un hombre en su vida. Tanto lo quería que, cuando aparecía uno con el que conectaba, antes que pronto lo cogía de la mano fuerte sin que se pudiera soltar, de manera que el príncipe se convertía en corredor sin dejar ni rastro. Pese a que sus amistades le revelaban todos los errores que cometía en sus conquistas, ella, lejos de corregirlos, los repetía una y otra vez, añadiendo incluso errores nuevos, con las consiguientes huidas de los espantados.

Los años también corrieron, tanto como lo hacían las lágrimas en sus mejillas y los lamentos en sus adentros.

Hasta que, elegido por ella, un día de sol veraniego conoció al que sería el amor de su vida:

—Hola, me llamo Anastasia Wonder, ¿y tú?

Irreversible

Sonia era una chica superdotada en todos los sentidos, de tal manera que era perfecta tal y como era, como si eso fuera posible. Sabía que Miguel la adoraba y que daría la vida por ella sin pensarlo. A cambio, ella le profesaba el cariño más inmenso, sin que aquello amor significara.

Sabedor de su gusto por las sensaciones fuertes, Miguel le regaló un salto en *puenting* en su dieciocho cumpleaños, toda una mujer.

Sin embargo atada por el miedo una vez atada por arneses, Sonia desistió haciendo caso a su instinto de huida. En efecto, Miguel experimentó el porqué del terror de su amada en el momento en el que la sustituyó en el salto para nunca más volver.

Y así es como dio la vida por ella sin pensarlo. Y así es como ella vivió el primer día del resto de sus vidas.

Entre el sueño y la vigilia

Entre el sueño y la vigilia la parca se me apareció:

—¿Qué tal has dormido esta noche? —me preguntó.

Mi corazón se detuvo hasta que decidió esfumarse
aquella a la que de nuevo no quiero nombrar.

¿Alucinación o presagio? Solo sé que desde entonces
nazco cada día hasta que decida volver.

La diosa Ana

La conoció en un bar donde fue a cenar con sus amigos. Se llamaba Ana y no tardó en contactar con él mediante una conocida red social:

—Si no quieres, te borro.

Pero él se dejó llevar cuando Ana le envió una foto en la cual se sabía diosa, aunque su ánimo no estaba para sentimientos profundos. Así se lo hizo saber a la diosa que, acostumbrada a vencer, lo ignoró con corazones, con «bésame siempre» y con «no pares de besarme».

Esta es la historia del adiós a Ana.